

FACULTAD DE ARQUITECTURA.

CURSO DE MODELADO

Catedrático: Esc. Guillermo Grajeda Mena.

## **VIDA Y OBRA DE ALEIJADINHO**

Al nomás contemplar la Historia del Arte Americano, nos encontramos en la vida colonial del Brasil, con el caso extraordinario del escultor Antonio Francisco Lisboa, apodado el aleijadinho (el lisiadito).

La historia surge en Ouro Preto (Oro Negro), ciudad del Brasil, en la provincia de Minas Geraes, teniendo como fondo los siglos XVIII y XIX, la época de mayor auge económico de esa región minera.

Como fruto de la unión del Arquitecto Portugués, don Manuel Francisco Lisboa y de su esclava negra africana llamada Isabel, nació Antonio Francisco, en Villa Rica, el 29 de Agosto del año de 1730, en el barrio llamado Buen Suceso.

Por la voluntad de su padre el pequeño mulato creció libre y aprendió el arte de la Arquitectura, y de la escultura. Luego inclinose definitivamente a esta última. De joven Antonio Francisco fue muy dado al vino, a las mujeres y a la danza; en muchas ocasiones tomó parte alegremente de las danzas populares.

En virtud de su talento recibió múltiples encargos y trabajó con ahínco. Así llegó hasta que un día, cuando contaba cuarenta y siete años de edad, empezó su calvario.

Una rara enfermedad lo atacó poco a poco deformándolo hasta convertirlo en un monstruo, amargando su carácter, pero milagrosamente encendiendo una hoguera genial en su espíritu que lo arrastró tácitamente, a realizar como un verdadero alucinado, las esculturas más geniales del mundo suramericano.

Según el decir de un autorizado biógrafo, era Antonio Francisco, de color pardo oscuro, de cabellos prietos y racialmente ensortijados, de rostro y cabeza redonda, de barba espesa, de nariz regular, aunque un poco puntiaguda, de labios gruesos, orejas grandes, cuello corto, voz fuerte, estatura baja y hablar ligero. Esta figura de singular carácter y coraje, poco después, tornase tosca, siniestra y feroz al sufrir la terrible enfermedad que lo condujo a la pérdida de los dedos de los pies, por lo que se vio obligado a caminar de rodillas; después esta enfermedad lo llevo al grado de desesperación, al padecer grandes dolores en las manos, que con su propia mano derecha y haciendo uso de un formón, se mutiló los dedos de su izquierda. Como el mal siguió avanzando, un día al tener un ataque doloroso, estando en plena labor de talla, obligó a su esclavo, que le servía de ayudante, a que le amputara los dedos de la mano derecha.

Sus obras escultóricas estaban en marcha, y el mal no debía ganarle la delantera, dejándolo a medio camino. Entonces se ingenió el amarrarse, por medio de su esclavo, con unas correas del cuero, las herramientas a los muñones carcomidos de sus manos, y continuó su obra. La enfermedad transformó los ojos y la boca de ese hombre, en una mueca espantosa, por lo que huyendo de los curiosos y de los que recibían susto al contemplarlo, inició su vida encerrado en su taller saliendo solamente de madrugada y por la noche, escondiéndose bajo su gran sombrero y

su enorme capa, asistido por su esclavo para subir y bajar de su cabalgadura, conduciendo las riendas con los dientes. Al llegar antes que saliera el sol, al atrio de la iglesia del Buen Jesús en congojas del campo, donde trabajaba en piedra, los doce profetas gigantes, subido a los andamios, como un mono, dejaba que el esclavo le amarrara a los muñones el mazo y el cincel, para tallar afiebradamente aquellos mensajes de rebeldía que le imponía el destino, y así, bajo el sol y bajo la lluvia escondido de las miradas del público, entre un cerco de tablas; como fiera mutilada, vio salir de su cerebro a la piedra esos milagros, que ahora son ejemplo de la imaginería brasileña.

Muchas obras realizó, pudiéndose identificar las siguientes: Doce profetas: Abacuc, Nahum, Abdías, Isaías, Jeremías, Baruc, Ezequiel, Daniel, Joel, Oseas, Amós y Jonás; trabajos hechos en piedra esteatita de color gris azul, de dos metros cuarenta y cinco centímetros de alto, que se encuentran en el atrio de la iglesia del Buen Jesús de Motozinhos, en Minas Gerais (65 kilómetros de Ouro Preto). Así mismo existen en madera de cedro, policromadas, sesenta y seis imágenes, de tamaño natural para los pasos de la Pasión de Cristo, en el interior de la misma iglesia; y la ornamentación en piedra de la puerta de la iglesia de San Francisco de Asís, de Ouro Preto, los trabajos ornamentales en madera dorada del altar mayor del sagrario, las piezas esculpidas en piedra en el púlpito, la pila bautismal y la escalera del atrio de esa iglesia. También como obra del Aleijadinho se tiene en San Juan del Rey, la portada de San Francisco y la portada de la iglesia de la Tercera Orden de las Carmelitas.

Con interpretación muy personal, este escultor mantuvo el estilo Manuelino, usando la composición asimétrica, con recargamiento de detalles y ornamentos, muchas veces agrandando algo las cabezas de los personajes, manteniendo en todos, grandes ojos oblicuos de tipo gacela.

A las figuras de los soldados romanos de los Pasos de la Pasión de Cristo, trató las caras con rasgos grotescos, como para mostrar la fealdad moral de los individuos que torturaron y dieron muerte al santo.

Algunos críticos y biógrafos creen ver en estos gestos, caricaturas que el artista hiciera de tipos lucitanos, para servir de mofa entre aquella sociedad minera.

La lección que dejó este artista es de dimensiones titánicas; nada doblegó su genio, ni su humilde nacimiento, ni su fealdad, ni las burlas y repudio de sus semejantes, ni el dolor físico. Tenás, siempre fiel a su convicción, para cumplir con su destino.

La muerte lo encontró con el espíritu firme, sabiendo a conciencia que sus mensajes serían algún día, bien recibidos.

Murió en su ciudad natal el año de 1814, a los ochenta y cuatro años de edad y a los treinta y siete de su calvario. Siendo enterrado frente del altar de Nuestra Señora de la Buena Muerte, en la iglesia de la Concepción, una de las que su padre había construido.

Mucho se ha discutido sobre la obra de Aleijadinho, algunas personas no la comprendieron y otras las han apreciado en su justo valor. En 1970 el Capitán Don Joaquín José da Silva dice: "Antonio Francisco Lisboa, el nuevo Praxiteles, es quien honra igualmente la escultura, Superior a todo y singularmente en las esculturas de piedra, de bulto completó o medio relieve, en los dibujos y ornamentos irregulares, es del mejor gusto francés, el susodicho Antonio Francisco. En cualquier Pieza suya que sirve de realce a los edificios más elegantes, admirase la inventiva, el equilibrio natural, la composición, la exactitud de las dimensiones, la energía de los usos y costumbres y la selección de accesorios con los grupos verosímiles que inspira la bella naturaleza.

Tanta preciosidad se halla depositada en un cuerpo enfermo, que precisa ser conducido a cualquier parte; y atársele los fierros para poder obrar”.

Años después encuéntrese en la Relación Cronológica del señor Buen Jesús de Congojas, la opinión obtusa del Padre Julio Engracia, que dice: “Sería de los grandes momentos y pasos de la pasión del Salvador y eliminasen para siempre de la vista de un público de buen gusto ese ridículo que adultera el verdadero sentimiento de lo bello y de lo respetable, exigido por la Iglesia Católica, en sus leyes rituales, en unas estatuas que permitan bendecirse para ser ofrecidas al culto público como prototipo de virtudes que deben imitarse y amarse. Ojalá mande el administrador sustituir esas horrendas figuras de los pasos y acabarlas para siempre, de modo que no figure de las mismas la menor señal; para honra de Dios y del arte minero.”

Afortunadamente para la gloria del Brasil, las palabras de este bendito padre no fueron oídas y ahora Minas Geraes puede mostrar al mundo una colección admirable de esculturas hechas por aquel titán. En 1933 como una justicia pública al gran valor de la obra del Aleijadinho, el gobierno brasileño declaró la ciudad de Ouro Preto, monumento nacional, especificando que no deberá restaurarse ni construirse ninguna obra plástica ni arquitectónica, ni construir cosa alguna en aquel pueblo reliquia; consagrándose únicamente, las autoridades, a conservar aquel legado.